



PRIVILEJIO ESCLUSIVO.

Exmo. señor: nosotros los abajo firmados, miembros de la conocida compañía de Loyola, en nuestro nombre i en el de toda la *banda*, venimos a solicitar de V. E. la concesion de un privilejio esclusivo para nuestro restablecimiento en este pais, con el laudable objeto de ejercer para su felicidad futura, toda la suma de industrias contenidas en la Mónica de Mr. Charles Souvestre, que impresa acompañamos en los últimos números del *Ferrocarril*.

Como suponemos a V. E. competentemente instruido por la lectura anticipada de tan edificante i luminoso programa, de los inmensos progresos que podemos imprimir a la nacion, especialmente en el capítulo de las viudas ricas, de los moribundos poderosos, de los herederos millonarios, i con mayor notoriedad en aquellos que tratan del arte de abatir la moral i la intelijencia de los pueblos, para que acepten gobiernos análogos al liberalisimo de V. E., nos dispensamos de inculcar sobre la conveniencia reciproca de la concesion solicitada.

Es verdad que la franca proteccion que nos dispensa el mui ilustrisimo i reverendisimo Príncipe de esta iglesia, a quien debemos el obsequio de dar un puntapié a las leyes que consagraron nuestra espulsion i estincion, asumiendo el magnífico rol de Jeneral de nuestra órden, como ya lo habrá observado V. E. en la fiesta del *Centenario*, hacia innecesario el privilejio pedido; pero, como bajo el benigno imperio de V. E. se ha establecido la costumbre de no abrir negocio de ningun jénero sin patente de privilejio esclusivo, hemos acordado solicitarlo por el espacio de cien años con calidad de prorrogacion tácita indefinida.

Es gracia, Exmo. señor.

Firmados. P. P.

PADRE RODIN.—P. JUAN CHATEL.—P. RAVAILLAC.—P. JACOBO CLEMENT.—P. RICORDO DI GANANELLI.—P. LAVALETTE DE LA MARTINIQUE.

Nota bene.—Solicitamos igualmente de V. E. se sirva adjudicarnos para la fábrica de nuestro colejio principal, una porcion de los cerrillos de Teno o de la cuesta de Prado, i algun piquito de los dos i medio millones que *La Libertad* asegura no se han invertido del todo en la guardia nacional.

PADRE LINTERNA DEL D.
Pro-Secretario.

AVENTURAS DE UN ESQUELETO.

Yo estaba ya enterrado hacia algun tiempo: la vida de los sepulcros es mui monótona: siempre tendido a la bartola en la mas perezosa ociosidad.

Solo al caer la noche, salia de mi nicho i me reunia con los vecinos al claroscuro de los cipreses i la luna, i a veces nos entreteniamos en jugar al rocambor, a veces pasábamos hasta el amanecer riéndonos de las necedades i bella querías de los vivos.

Un dia sentí pasos sobre mi losa i dos voces que cambiaban palabras ásperas entre las cuales oí mi nombre; me asomé por una endija, i ví al Ilustrisimo Pastor de esta grei con el semblante colérico i los puños arremangados, que daba orden a un hijo de Loyola con cuernos i rabo, que levantase mi losa.

El obediente cornudo puso la linterna en el suelo, empuñando la pala, i con la espresion mas hipócrita en la cara, empezó a cabar.

Hundióse el suelo; la luz del sol penetró en mi atahud, i mi blanco cráneo se encontró temblando en presencia de la airada majestad eclesiástica.

—Impenitente! me dijo, sacrilego! ¿cómo te has atrevido a profanar este recinto muriendo sin confesion?

—Ah! señor le respondí, tenga piedad de mí Vuestra Ilustrisima; ya Dios me ha juzgado i destinado, i mi confesion no es necesaria. Estoy bajo el dominio de quien todo lo puede.

—Dios no sabe lo que hace cuando se entromete en las cosas de la tierra, blasfemo! interrumpió el jesuita de la *Linterna*; aquí está tu Juez único que es el jefe de la iglesia, i ademas, agregó el intruso, esto es puro asunto de jurisdiccion, i Dios no ha podido ni debido mezclarse en la de nuestro pastor.

Despues de esta argumentacion se me ordenó salir de mi nicho i salí, recibiendo un caritativo puntapié en la estremidad inferior de la espina dorsal i un bastonazo sobre las costillas, que me impidió oír ciertos cargos que me fueron dirigidos por no haber comprado la bula, que es el *quid* de la confesion.

Me eché a andar por las calles, todo el mundo huia de mí como de un apestado: me metí en la ciudad, i por poco los serenos me llevan al cuartel. ¿Qué hacer en tan critica situacion?

Ocurrióseme ir a Roma por justicia, i lo reflexioné despacio, sentado en el borde de la

pila de la plaza. Pero ir, ¿cómo? Si me dirijía por Panamá me esponia a ser víctima de la fiebre amarilla, si por el Estrecho, podia naufragar i encontrar un lecho demasiado frio en el fondo del océano Por la vía de cordillera... esto es! resolví el problema. Es verdad que para pasar por aquel pais era necesario blindarse el pezcuzco. Tomé el primer zuncho de barril que encontré a mano i me hice un corbatin.

Así pasé las nieves de los Andes, con un poco de frio, i pasé por el lado de Mitre i de Varela sin que corriese peligro mi cabeza. Solo Civit i Joaquin Villanueva intentaron meterme en la cárcel de Mendoza tomándome por revolucionario, pero escapé gracias a una escritura que me hicieron firmar por 4000 pesos, que me propongo pagarles religiosamente cuando vuelva a la vida.

Atravesé las pampas i las ciudades. ¿Qué de esqueletos, gran Dios, sembrados por todas partes, i que encuentran una sepultura hospitalaria en cada matorral o en cada peñazco! A lo ménos, dije con tristeza para mí osamenta, aquí no hai bulas que pagar, ni a nadie se toma cuenta de la confesion para enterrarlo. Dichoso pais donde uno se muere porque quiere hacerse matar, i lo entierran gratis.

En medio de estas reflexiones, llegué a Buenos-Aires. Gran trabajo me costó escapar de que me enrolasen en un batallon para la guerra del Paraguay: pues a la sazón se enrolaba hasta a los muertos. No habia ya jente viva que llevar al matadero, i echaban mano de los esqueletos de los campos i de los monos del Brasil.

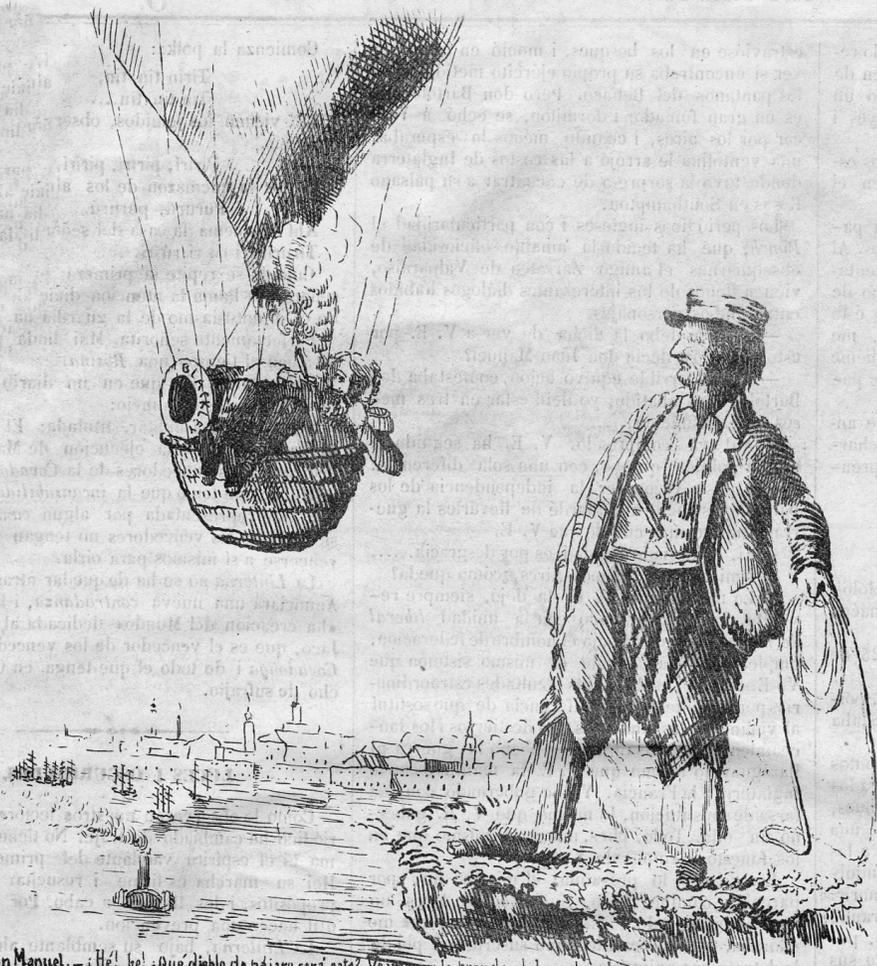
Me embarqué por fin, i todavia corrí peligro de asfixiarme con la fetidez de los negros de don Pedro II al tocar en Rio Janeiro. Una navegacion sin mas incidente que el haber encontrado en alta mar el cuerpo de Maximiliano, me llevó al Mediterráneo. Al ver el cadáver de aquel pobre príncipe, me dije: ¿si irá éste a buscar justicia de Napoleon como yo del Papa?

Llegué a Roma: me costó un sentido penetrar en el Vaticano. Para acercarme a Su Santidad, tenia que pagar derechos a los porteros, sacristanes, canónigos, obispos i cardenales; i luego habia que entregar en efectivo una enorme dispensa por la muerte sin confesion.

El asunto era sério para el bolsillo; ya empezaba a aburrirme de la orjía i de la bacanal perpétua de aquella gran ramera, capital de los escándalos i de las dispensas pecuniarias, i me



S. ILMA. — ¡Largo de aquí, impenitente!
Padre Linterna. — ¡Bien dicho! ¿Quién le manda morirze sin pagar la Bula?



D. Juan Manuel. — ¡He! he! ¿Que diablo de pájaro será este? Veamos si le prendo el lazo al vuelo.
D. Bartolo. (desperzandose i echando una bocanada de humo) — Me parece que me he paseado un poco a refaugar.
— dia de Humaitá: ¡malditoz paraguayos! — ¡Ola paisano! ¿Estamos sobre Curuzúití o sobre Estero-Bellaco? ¿Ha visto U. por ahí mi grande Ejército Aliado?
D. J. Man. — ¡Está loco este hombre. ¡He! No vé U que está sobre las aguas de Southampton?
D. Bartolo. — ¡De Southampton! ¡Fatalidad! ¡fatalidad! ¡Resien comprado los arcanos!
D. J. Man. — ¡Pero no es el compadre Bartolo! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! A pesé paisano, venga tomemos un mate a la salud del Paraguay i de Caseros. ¡Bela! amigo, Dios quiere que nos vñamos reuniendo todos los viejos aparceros del *Vicio li. beral* i el mazurquero.



D. Joaco: Grandes americanos yo os hago Jenerales
Mariano I. — Ciudadano presidente Joaco, yo os hago doctor en la facultad de Guerra Defensiva
Mariano II. — ¡Aceptad Ilustreimo Joaco le condecoracion de mi orden del Huano idel Esto-
-raque!



Proceso oral, sentencia i ejecucion verificados en el convento de la inquisicion el 25 de Agosto de 1967.

resolvía casi a abandonar mi empresa, cuando recibí la noticia de que en mi país, por orden de mi Príncipe eclesiástico, se había celebrado un centenario en que se fusilaron muchos reyes i papas.

Temiéndome mucho que entre los fusilados estuviese también Pio IX, resolví regresar en el acto, como en efecto lo hice.

Toqué en Valparaíso, besé el suelo de la patria con efusión, i luego me dirijí a los cerros. Al pasar por el Panteón protestante me dió tentación de esconderme en algún nicho, así como de contrabando. Espié pues al portero, i como éste era un buen inglés que estaba borracho, me colé de zopeton sin que él lo sospechase i héme aquí en un excelente alojamiento en que he pasado gato por liebre.

Uffiffiff!!!! cuánto he sufrido! cuánto he andado! A lo ménos de aquí nadie vendrá a echarme, i además entretendré mi ociosidad en aprender a hablar el gringo.

UNA ESPECIE DE AUTO DE FE.

Lectores, vamos a narraros una historia dolorosa, de esas que estremecen el corazón i hacen brotar las lágrimas a los ojos.

Era un día, no muy remoto, así como el 25 de agosto de 1867 o cualquiera otro.

El convento de la Inquisición de Santiago, porque en Santiago hubo también Inquisición, estaba de gran fiesta.

Véase en el salón principal todos los atributos del antiguo tormento, i dentro de él congregados todos los familiares de Torquemada i de Arbues, con los semblantes risueños. Iba a celebrarse una especie de auto de fé, i a falta de leña para las hogueras, habíase colocado una hilera de banquillos con los nombres de los condenados a morir.

Sucesivamente fueron entrando éstos. Grande era su número. Papas, reyes, emperadores, periodistas; muchos de ellos desenterrados de sus sepulcros donde yacían desde centenares de años, como si hubieran muerto *impenitentes*: algunos no eran más que esqueletos galbanizados. Todos traían los ojos vendados i las manos atadas a la espalda, menos uno a quien se le dejaron libres por tener una pierna descompuesta.

Los familiares les ataron a los pilares del pabulo.

Un santo sacerdote les auxiliaba caritativamente i rezaba con unción al lado de ellos el oficio de difuntos. Era el Padre Linterna.

Llegada la compañía de ejecutores, con su uniforme negro como el de los buitres, colocóse fusil al hombro, frente de las víctimas. Su jefe, espada en mano preparaba la señal de la ejecución.

El Padre independiente con los palillos entre los dedos, batía el fúnebre tambor.

El escribano dió lectura a la sentencia; los reos la escucharon impasibles, ménos un chicuelo incorregible que tocaba la flauta en sus narices. Era el *Ferrocarril* que hacía el dúo al tambor de su colega.

Terminada la lectura, el oficial hizo la señal de *fuego!* las descargas resonaron en el lúgubre recinto, i las víctimas cayeron envueltas en el antiguo polvo de sus hosamentas.

Esta solemne ejecución, se recordará en los siglos venideros con el pomposo nombre de *Centenario*, i arrancará lágrimas de compasión a su lectura.

El pueblo, i en particular nosotros, aun estamos consternados, i temerosos de vernos arrasados un día de estos a los salones del Santo Oficio que renueva sus antiguos espectáculos, tomamos el partido de hacer la simple relación del acontecimiento absteniéndonos de todo comentario.

EL PELIGRO DE LOS GLOBOS.

Muy alarmadas parece que andan las provincias de ultracordillera por la singular desaparición de don Bartolo.

Cuentan los cronistas que este guerrero, reconstructor feliz del antiguo vi-reinado del Plata, habiendo inventado globos aerostáticos para descubrir la posición de los ejércitos paraguayos,

estravióse en los bosques, i montó en uno para ver si encontraba su propio ejército metido entre los pantanos del Bellaco. Pero don Bartolo que es un gran fumador i dormilón, se echó a roncar por los aires, i cuando ménos lo esperaba, una ventolina le arrojó a las costas de Inglaterra donde tuvo la sorpresa de encontrar a su paisano Rosas en Southampton.

Los periódicos ingleses i con particularidad el *Punch*, que ha tenido la amable oficiosidad de obsequiarnos el amigo Zarratea de Valparaíso, vienen llenos de los interesantes diálogos habidos entre ambos personajes.

—¿A qué debo la dicha de ver a V. E. por estos mundos, decía don Juan Manuel?

—A una terrible equivocación, contestaba don Bartolo, muy abatido; yo debí estar en tres meses en la Asunción.....

—Ah! ya comprendo. V. E. ha seguido la misma política que yo, con una sola diferencia: yo no quise reconocer la independencia de los paraguayos, pero me guardé de llevarles la guerra. Anduve más cuerdo que V. E.

—Ai, demasiado verdad es por desgracia.....

—I mi querido Buenos-Aires, ¿cómo queda?

—Lo mismo que V. E. la dejó, siempre revuelta. Yo he gobernado con la unidad *liberal de manos*, disfrazada bajo el nombre de federación, empleando exactamente el mismo sistema que V. E. empleó, es decir, las facultades extraordinarias permanentes, con la diferencia de que sustituí al violín, los fusilamientos, los destierros i los lanceamientos en masa. Yo he hecho la guerra al Paraguay lo mismo que V. E. la mantuvo con la Inglaterra la Francia. Yo he gobernado con una farsa de constitución, lo mismo que V. E. gobernó sin ella. Todo, pues, marcha lo mismo que en los funestos tiempos de V. E.

Eso ya me lo presumía; el mismo fin, por parecido camino. Pero, ¿qué Buenos Aires no estaba contenta de V. E.? De mí se decir, que me adoraba, pues nunca hice sino suscribir al pie de la letra a sus exigencias.

—Estoy seguro de que también estaba contenta de mí, pero ¡esas provincias! esos malditos trece ranchos.....!

—Pero compañero, si ha llevado V. E. la barbaridad hasta pegar fuego a sus deudas i hacerles una trampa monstruosa, ¿cómo quiere que no se levanten?

—No hablemos más de ello, me sofocan esos recuerdos.

Don Juan Manuel ha ofrecido benevolamente a don Bartolo un departamento en su casa de campo de Southampton. Mientras Rosas se entretiene en pechar, i andar por la playa, lazo en mano, a ver si pasa otro globo con otros personajes que espera, don Bartolo ha vuelto a tomar con empeño su antiguo oficio de hacer versos, borrar artículos de periódico i fumarse cada media hora un cajón de habanos.

LA MUSICA IMITATIVA.

To lo filarmónico de buen gusto ama la música imitativa, i la *Linterna* es igualmente apasionada de ese bello género del arte de Rosini. (El género que cultiva Ortiz es otro; por esta razón nombramos una notabilidad musical europea).

Nos estamos de placer escuchando la imitación de la tempestad en el último acto de *Rigoletto*, la algarabía de los cazadores en la *Caza del Rei Enrique*, la caída del rayo en «Nabuco» i el terremoto de Mendoza de nuestro amigo el profesor Cabero.

Así hemos corrido con avidez al oír anunciar ciertas composiciones de aficionados que por su título *obligado* nos prometían un buen rato, i... hemos encontrado con lo siguiente:

Gran polka dedicada a los gobiernos Aliados Americanos. «El Bombardeo de Valparaíso» compuesto por la señorita tal. Bueno: esta es cosa enérgica, atronadora. Veamos. Díguese Ud. tocarla señorita. La niña se encoje i su madre recomienda el talento extraordinario de la niña, i que oír la polca es como haber asistido al terrible bombardeo.

—Escuche Ud, agrega: Lo que principia son los cañonazos

Comienza la polka:

Tirin tin tin,
Tin tin tin....

Allí vienen los gemidos, observa la madre sin dejar oír.

Pirirí, pirirí, pirirí, lí, lí.

Eso es la quemazón de los almacenes fiscales: Pururú, pururú.

Ahí se quema la casa del señor Gallo: Tiruriruri-ru ri rú-rí.

Cuando se repite la primera parte, la buena señora nos llama la atención diciendo que aquello es el entusiasmo de la guardia nacional, etc.

Perfectamente señorita. Muy linda pieza. Ud. será con el tiempo una *Rosina*.

Hacen pocos días que en un diario de Valparaíso leemos este anuncio:

«Gran marcha militar, titulada: El incansable héroe mejicano i la ejecución de Maximiliano, dedicada a los vencedores de la *Covadonga*».

Mucho me temo que la *incansabilidad* del héroe esté representada por algún *cansancio* musical, i que los vencedores no tengan ahora que vencerse a sí mismos para oírlo.

La *Linterna* no se ha de quedar atrás tampoco. Anunciará una nueva *contradanza*, i la titulará: «La creación del Mundo» dedicada al Emo. don Jaco, que es el vencedor de los vencedores de la *Covadonga* i de todo el que tenga en Chile derecho de sufragio.

LUCES I OSCURIDADES.

Como lo observarán nuestros lectores, este periódico ha cambiado de traje. No tiene ya la forma ni el espíritu vacilante del primer número. Hoy su marcha es firme i resuelta: abraza sus propósitos, i los llevará a cabo. Por lo tanto, es útil hacer una prevención.

La *Linterna*, bajo su semblante alegre i burlesco; mas allá de su lengua satírica i mordaz, alienta un corazón leal; i de ninguna manera se propone lastimar, ridiculizar ni emponsoñar sistemadamente espíritus de personas, de corporaciones ni de partidos.

Se equivocarían mucho quienes creyesen que por hacer la pintura de actos inconvenientes del clero o del gobierno, es enemiga sistemada del uno ni del otro. Donde encuentre vicios o errores que enfrenar, lo hará sin escrúpulo, pero sin que ello dé derecho a suponer el designio de la burla gratuita ni mal intencionada.

La *Linterna* no tiene redacción fija, admite todos los artículos i caricaturas con que se quiera favorecerla, reservándose la facultad de adoptarlos si los estimare conformes a las bases antes dichas, o de *archivarlos* si no fueren de su soberano agrado.

Dichas estas palabras con la cara seria, doblemos la hoja, i sigamos la broma.

AVISO.

LA LINTERNA

saldrá indefectiblemente todos los juéves, con las dos páginas centrales de caricaturas.

Número suelto—15 centavos.

Mes anticipado—50

El presente número, representa la forma exacta en que aparecerán los siguientes. Asuntos escogidos para la caricatura i los artículos, buen dibujo i cultura en todo detalle.

Como la *Linterna* no es aficionada a las amistades de un día, levanta a 15 los 10 centavos que fijó al número suelto, con el objeto de que sus amigos sean permanentes, es decir, *suscriptores*, i esta alteración la justifica el propósito de retribuirles su sostenimiento en buen género.

Los puntos de suscripción son las oficinas i agencias del *Ferrocarril* i del *Mercurio*, en todos los puntos de la República i del exterior.